

Jesús y la enfermedad

1. Hoy el Evangelio nos propone un bello gesto de Jesús en la casa de Simón Pedro. Su suegra estaba en cama con fiebre y el Señor se acerca a ella, la toma de la mano, la levanta de la cama y la cura inmediatamente.

Con este milagro, Jesús nos demuestra que es el Hijo de Dios y tiene pleno dominio sobre la naturaleza. Puede, si lo desea, dar la salud a los enfermos como hizo tantas veces a lo largo de su vida pública.

Este gesto nos invita a reflexionar sobre la salud y la enfermedad. Alguien ha dicho (S. Kierkegaard), con razón: *Los pájaros en las ramas, los lirios del campo, el venado en el bosque, el pez en el mar e innumerables personas felices están cantando en este momento: ¡Dios es amor! Pero a la misma hora está también sonando la voz de los que sufren, (de los enfermos o accidentados), y esa voz, en tono un poco más bajo, repite igualmente: ¡Dios es amor!*¹.

Dios es amor, queridos hermanos, tanto en la alegría de la salud, como en el dolor de la enfermedad. Lo importante, en un caso como en otro, es que no nos soltemos de la mano de Jesús. Se trata de una lección que todos necesitamos aprender. Porque, si ahora estamos sanos, hemos de alabar a Dios con alegría. Pero sin olvidar que, más tarde o más temprano, vamos a estar enfermos, y también en esas dolorosas circunstancias, debemos de alabar al Señor.

2. Un buen punto de partida, por tanto, es que debemos *valorar, agradecer y cuidar la salud*. Si estamos sanos es claro que se trata de un don de Dios y los dones, los regalos, cuando se reciben, se agradecen. ¿Cómo agradecer la salud?: *Cuidándola*.

Por ejemplo, con buenos hábitos de alimentación; evitando excesos y defectos que son siempre dañinos. Con ejercicio regular (practicando algún deporte, especialmente al aire libre); respetando el debido descanso (las horas de sueño necesarias), etc.

3. Si, a pesar de esos cuidados, la enfermedad se presenta, lo primero de todo es *no protestar, no rebelarse*. Porque eso, en lugar de ayudar, complica las cosas. Puede añadir, a la enfermedad del cuerpo, una enfermedad del alma, alejando de Dios y quitando la paz.

Es verdad que, en sí mismos, la enfermedad y el dolor físico son algo malo. Algo a evitar en la medida de lo posible. Pero también es verdad que si se llevan de modo adecuado, pueden convertirse en algo bueno, incluso muy bueno.

San Juan Pablo II, con su intensa y larga vida, nos dio un buen ejemplo de cómo se puede encontrar a Dios en la salud y en la enfermedad. Poco tiempo después de aquel terrible atentado de mayo del 81 que lo colocó al borde de la muerte, escribía: *para poder percibir la verdadera respuesta al por qué del sufrimiento, tenemos que volver nuestra mirada a la revelación del amor divino, fuente última del sentido de todo lo que existe (...)*.

¹ Citado por J.L. MARTÍN DESCALZO, *Razones para iluminar la enfermedad*, p. 89.

*El Amor es (...) la respuesta a la pregunta sobre el sentido del sufrimiento. La respuesta al hombre nos la ha dado Dios en la Cruz de Cristo*².

Ante la densa oscuridad que suele envolver al hombre que sufre, cabe siempre acudir a la luz de la fe. Que suele traer consigo, la esperanza y la serenidad. Se pueden ofrecer al Señor esos dolores o molestias procurando unirse a Cristo en su Cruz. Esto, desde luego, produce un gran bien al alma del enfermo, pero no solo a él. Por la consoladora verdad de la Comunión de los Santos, el sufrimiento bien llevado, beneficia a la Iglesia entera.

En esta misma línea, apuntamos otra breve recomendación. En la medida de lo posible, *no quejarse*. Es una forma de hacer menos pesada nuestra enfermedad a los demás. Y, si fuera posible, *sonriendo*. Aunque es lógico que esto no siempre será posible.

4. Una última recomendación: hay que *obedecer al médico*. Someterse al tratamiento indicado: medicinas, dieta, ejercicios... Así es mucho más viable recuperar la salud o, al menos, no empeorarla.

5. Se acerca la celebración de la Jornada Mundial del enfermo. Una buena ocasión para acercarnos con solicitud a los que sufren cerca de nosotros. Acudamos a la Virgen de Lourdes para que ella nos ayude acompañar y consolar con nuestro afecto a esos hermanos nuestros.

Francisco A. Cantú, Pbro.

Santa Fe, Ciudad de México, a 4 de febrero de 2018

² SAN JUAN PABLO II, *Salvifici doloris*, n. 13.